

LAMIAK-UCHIN.



(TRADICION BERMEANA)

Es la anteiglesia de Baquio un pueblecito asentado sobre la brava costa de Vizcaya dando frente á la mar, en cuyos feraces terrenos crecen con la mayor pujanza y lozanía, sin temer los rigores del invierno, la palmera, el naranjo, el limonero y las plantas más delicadas de los trópicos. Ciñe sus piés una dilatada playa de dorada arena, la cual, como faja de oro, circumbala la costa, realzando de tal modo la belleza del pueblecito, cuyas blancas casas y vetusta iglesia se miran á todas horas en el espejo de la mar, que, contemplado desde ella, parece como nacido de su seno y suspendido en el espacio, que le forman el éter por un lado, y en lontananza y por el otro las crestas del cano Sollúve.

Belleza tan notable apénas pasaría desapercibida para el poeta y el pintor; pero como no somos todos pintores ni poetas, Dios ha derramado en los cortornos de Baquio algo más grande y bello todavía para que hiera más profundamente la imaginacion del vulgo y le haga suspender el paso para contemplarlo. Tal es el Peñon de Gastelugách con su puente de dos arcos formado por el constante batir de las olas que á sus piés se estrellan y en cuya cúspide gallardea la ermita de San Juan Degollado, como queriendo escalar el cielo:—la isla de Aquéch, pequeño bosque, que, á manera de ramillete, surge de la misnia mar:—el imponente Cabo de Machichaco, lengua de tierra que, penetrando en el profundo elemento, se opone á su accion demoleadora y constante;—y en términos más ó ménos lejanos, la punta de Lamiáran, el ensangrentado, por su rojizo color, Cabo de Ogóño, Santa Catalina de Lequeitio, el promontorio de Higuér, y otros cabos y montes que se van perdiendo en el espacio hasta confundirse con el cielo y la mar.

En una de las estribaciones del Machichaco, donde se extiende una pequeña planicie resguardada por un lado de los vientos del Sur, y rodeada por otro de siempre verdes bortales ó madroños y de gigantes y elegantes helechos, hay derramadas en confusión abrupta multitud de grandes piedras desprendidas de la cúspide del monte, las cuales, formando un círculo casi perfecto, contienen las aguas de una laguna cuyo origen es desconocido, porque por aquellos contornos escasean las fuentes y manantiales y no hay arroyos ni riachuelos.

El agua de la laguna es mansa y transparente, conservando en todas épocas el mismo nivel, á excepción de la canicular, en que por efecto de la evaporación disminuye algun tanto. Cuando esto sucede, los bordes de la laguna se visten de un rizado musgo de color de rosa, de tan delicado tinte, que más que obra de la naturaleza parece obra del hombre, formando bellísima armonía con la serenidad de las aguas, y contraste extraordinario con la salvaje vegetación que las rodea. Llamán á esta laguna los naturales *Lamiak-Uchin*,¹ y cuentan de ella esta tierna é interesante historia.

Uda, que vale tanto en bascuence como verano, era un jóven y hermoso cazador de Baquío que habitaba con preferencia á su propia casería, los bosques y jarales de Vizcaya. Huérfano de padre y madre desde sus años más tiernos, á nadie estaba ligado en el mundo más que á su nodriza, á su anciana *irñudea*, que le quería más que á sus hijos, y que cuidaba de la casería como si fuera suya. Y ¿cómo no había de cuidarla si la pobre Bióltza no conocía más hogar que el de los padres del huérfano y á estos y á él estaba unida por los más misteriosos vínculos?

Regresaba Uda á su casa al anochecer de una tarde calurosa del estío faldeando la montaña del Cabo, cuando vió en lontananza unas formas vagas é indecisas que le llamaron poderosamente la atención. No podía darse cuenta de lo que significaban, ni ménos aún del movimiento que creía distinguir en ellas, porque, acostumbrado á pasar por aquel solitario lugar, donde no recordaba haber visto jamás un ser humano, le era de todo punto imposible suponer que á aquellas horas hubiese nadie que tuviera audacia bastante para aproximarse al Uchin. Apresuraba el paso para saciar más pronto su curiosidad, cuando su ojo perspicaz, como generalmente lo es el de todo cazador,

(1) El lago de las Hadas.

le convenció de que lo que veía era un grupo de mujeres que bailaban al rededor del lago. Detúvose un instante para cerciorarse del camino que á él le podía conducir más pronto; y tomando por una encañada que le ocultaba casi todo el cuerpo, siguió una estrecha senda erizada de peñascos, hasta el sitio por él tan codiciado. Echóse boca abajo con el mayor sigilo; dejó á un lado la escopeta, y levantando un poco la cabeza, divisó por entre dos piedras hincadas verticalmente, el cuadro más extraño y nuevo que pudieran contemplar sus ojos. Doce bellísimas doncellas asidas de las manos y cubiertas de ligeras gasas, suelto al viento el cabello y adornadas de breves y transparentes alas, tocando apénas con el pié la sonrosada alfombra de musgo que cercaba el lago, bailaban silenciosamente. Unas eran rubias y álbeas como la nieve; morenas y de negra cabellera otras; sonrosadas las más; con la blancura del marfil no pocas; pero todas tan aéreas y gallardas, que, á no ser por los vapores que de cuando en cuando exhalaba el agua del lago y confundían sus contornos, se hubiera podido contemplar perfectamente la morbidez de sus formas escultorales.

Uda, perplejo ante aquel espectáculo, creía estar soñando, porque no podía darse cuenta de tanta perfeccion y belleza; é impaciente como todo niño mal educado, quiso aproximarse tanto á las ninfas, que apénas fué por ellas descubierto, cuando todas desaparecieron instantáneamente sumergiéndose en las aguas del lago. Si grande fué la sorpresa del jóven cazador al descubrirlas, no fué menor la que le produjo su desaparicion: arrimóse al agua, la removió con el cañon de la escopeta; arrojó tal cual guijarro á su fondo; miróla con esa tristeza que se refleja en el semblante de quien ha perdido una cosa muy querida, sin que nada pudiera descubrir. Solo notó que el denso vapor que flotaba sobre su superficie pocos momentos ántes, se disolvió en el espacio, dejándola tan clara y transparente como el más límpido cristal. Y como llegára la noche y no habia de pasarla en aquel sitio, embrollada la cabeza con las emociones que acababa de experimentar, dirigió resueltamente el paso á la casa en que Biltza le esperaba impaciente hacia varios dias.

Un sonoro y prolongado *ujjúú* anunció á la anciana la vuelta del mancebo: al oirlo ésta, lanzóse á la puerta y esperó mirando hácia la

(1) Grito de alegría.

cúspide de la montaña: pero como Uda no bajára por ella, como era siempre su costumbre, sino que por el contrario la subiera, Bioltza, despues de abrazarle y de aplicarle los más amorosos besos en las mejillas, le dijo cariñosamente:

—*Kaischio, umié!*¹ Parece que has aprendido otro camino para llegar á nuestra casa! ¡No es esa la direccion que yo te he enseñado desde la niñez! ¿En dónde has estado? ¿Qué has visto? Dimelo por tu vida, Uda mio, sin ocultarme nada.

Pero el jóven, en lugar de responder á la buena anciana, quitóse el morral del que fué sacando algunas piezas de caza que extendió sobre el suelo, colgó de un clavo la escopeta y colocando los demas avíos en una balda, se sentó hincando los codos en las rodillas y metiendo la cabeza entre las manos.

Un largo silencio siguió á esta muda escena que contemplaba Bioltza con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Con que las has visto? preguntóle por fin con tono acongojado. ¡Pobre Uda! si hubieras obedecido los consejos de tu pobre Bioltza de que no te acercaras al Uchin despues de puesto el sol, no estarias en ese estado, ni tendrias que pasar los malos ratos que te esperan. Pero ya que no hay remedio, es preciso evitarlos todo lo posible y que se cumpla la profecía. Ya hablaremos de esto, hijo mio, y come ahora estas viandas que te tenia preparadas.—

Y conforme hablaba Bioltza colocaba sobre una mesa cubierta de un blanquísimo mantel algunas carnes secas y un dorado *talo*² pocas horas hacía sacado del horno.

Uda, apénas la escuchaba pensando en la aventura de que acababa de ser testigo. Su imaginacion fascinada por la belleza de las mujeres que habia visto, por su desaparicion en el lago, por el baile que ejecutaban asidas de las manos y casi flotando en el aire, no podia detenerse en apreciar las cariñosas frases que le dirigía la nodriza. Lo único que la contestó despues de pasado un largo rato y de ser nuevamente instado por ella á que comiese, fué que no tenia gana y que quería descansar.

Retiróse á un cuarto pobremente alhajado, y desplomándose sobre un monton de hojas secas recogidas en una cerca formada con varas

(1) Olá, niño!

(2) Pan de maíz, de forma cónica un poco achatada.

de castaños y de mimbres, trató de conciliar el sueño, mientras la anciana Bióltza se retiró al suyo oprimida de dolor por el estado en que dejaba á su hijo, como así llamaba á Uda.

Ninguno de los dos logró cerrar los párpados durante las largas horas de la noche; ni ¿cómo lo habian de conseguir si á la virgen é indómita imaginacion del mancebo embargaba la maravilla más sorprendente, y á la ya fatigada de la anciana el temor de un grave suceso, todavía inesperado? Así fué que á ambos sorprendió la aurora, que en aquellas altitudes derrama sus flores mucho ántes que en los valles y en los pueblos.

Uda saltó de su lecho de hojas secas; se sacudió las vestiduras, cogió la escopeta, descolgó el morral que llenó con la carne y el *talo* de la noche anterior, y ántes de abrir la puerta de la casa, se aproximó á la del cuarto de la nodriza, á quien dió el adios que tenia por costumbre. Pero Bióltza que le esperaba y que no habia perdido ninguno de sus movimientos, le detuvo abrazándole con el mayor cariño.

—A dónde vas,—le dijo—sin escucharme? Tu tranquilidad ha concluido yá: las *lamías*¹ te llevarán al lago: no te dejarán descansar, porque no podrás verlas mientras no sean sorprendidas. Si ayer lo conseguiste, fué por una rarísima casualidad y porque ya se acerca la edad en que debes conocerlas. Escucha, Uda mio, yo poseo un talisman en el que está escrito tu destino y con el que podrás evitar muchos de los males que te amenazan: una de sus virtudes principales consiste en que se hace invisible quien lo posea y él quiera: tómalo, y si le usas con moderacion, no te arrepentirás de ser su dueño. Y sacando una piedra ovalada cuyo centro representaba una aspa taladrada por un agujero que atravesaba un cordón, colgósela del cuello, añadiendo estas palabras:

—Yo tambien he sido *lamía*, Uda, y tan hermosa como cualquiera de las que viste ayer: yo me enamoré de un jóven tan gallardo como tú, por lo que fuí castigada y reducida á ser tu nodriza, despues de haber sido la reina de aquel lago. ¡Cuánto tuve que sufrir al principio y qué dolores experimenté ántes de verme obligada á abandonarlo! Pero como se me prometiera que nuevamente volvería á él, y despues de dudarle en muchos años, ahora comienzo á creerlo, escucha las

(1) Hadas.

palabras que están escritas en el talisman y consévalas bien en la memoria, porque ellas anuncian tu destino.

«*La mujer que elijas para compañera no hará tu felicidad completa, y una y otro perecereis un día en el Uchin.*»

Piensa ahora en la suerte que te espera.

JUAN E. DELMAS.

(*Se concluirá*) .

MARIYARI.

Agur, Jesusen Ama
Gure chit maitea,
Zure sortze garbiyan
Graziyaz betea;
Ezkañitzen dizugu
Lurreko lorea,
Zuk birali zaiguzun
Zerutik obea.

Guk eskeintzen dizugun
Lorea, da illkorra;
Goizean mardula, ta
Gabean igarra;
Zuk ematen dezuna
Da ¡bai! ezillkorra,
Betikotasunean
Mardulik dagona.

Azuzena churiyak,
¿Zureztat zér dira...?
Larros sutiyak, ere,
¿Zér izango dira,
Baldin aingerudiyak
Arritzen badira,
Zure edertasunari
Jarririk begira?...

Ordea ¿zér ¡zér! eman
Lezake gizonak?
¿Ainbeste naigaberen
Azpiyan dagonak?.....
Autsa ta kea dira
Gure egite danak,
Zurrunbillo nastuan
Beti dabiltzanak.

Baña, begira zazu
Gure biyotzera,
Zuganontz josirikan
Daukagun gogora:
Begiratu ¡bai! nola
Gatozen onera,
Biyotz barrutik ¡Ama!
Zuri deitutzera.

Etzaite, beraz, tinka!
Lorecho aubetan,
Eskuan dakarzkigun
Gauz ezerezetan;
Baizik tinkatu zaite
Dizugun jayeran,
Biyotzean su ta gar
Daukagun maiteran.

KARMELO ECHEGARAY-KOAK

(1) Fijarse.



LAMIAK-UCHIN.



(TRADICION BERMEANA).



(CONCLUSION.)



Pero Uda que no creía en cuentos, y ménos en cuentos de brujas, aunque respetaba siempre lo que Bióltza le decía, sin hacerse cargo de las palabras que acababa de pronunciar, echó á correr cuesta arriba con la misma agilidad que el corzo del Altube. Llegado que hubo á la cumbre, miró al Uchin, que permanecía silencioso; y aunque sabía muy bien que las hadas no aparecerían en él hasta despues de puesto el sol, no pudo ménos de detenerse contemplándolo con mirada escudriñadora. Preparábase á abandonarlo y volvíale ya la espalda, cuando casi tropezó con un ser humano como jamás habia visto:—era un enano, que saludándole con la mayor cortesía en pura lengua bascongada, díjole en seguida con la mayor familiaridad:

—Te asombrarás sin duda de mi figura y de hallarme en este sitio al que he llegado muy cansado por tu culpa; has corrido tanto que, aunque ya sabía que en él habrias de detenerte, temia no alcanzarte. No ignoro el regalo que te ha hecho Bióltza, de gran precio sin duda si tú solo lo supieras, pero nulo completamente no ignorando yo que lo posées Poco me cuesta decírselo á las lindas, con lo cual ya no

volverías á verlas; pero como conozco los deseos que te animan y lo resuelto que te hallas á volver al Uchin tan pronto como decline el sol en Machichaco, es necesario que para que lo consigas me prometas dos cosas. Es la primera que me sigas sin hablar una palabra, veas lo que veas, hasta donde yo te lo mande; y la segunda, que arrojes inmediatamente de tu mano esa arma que te acompaña.—

Uda, no salia de su asombro, contemplando á aquel ente misterioso que se atrevía á proponerle lo que jamás hubiera pensado, y que le revelaba un secreto que nadie más que él y su nodriza podían saberlo. Y dominando toda la ira que se agolpaba á su mente, replicó al enano con rústica manera.

—Y ¿quién eres tú que te atreves á inponerme semejantes condiciones? ¿No sabes que primero con mi fuerza y despues con esta arma que pretendes separar de mi lado, está en mi mano tu vida? ¿No sabes que....

Una prolongada y sarcástica carcajada que lanzó el enano cortó la frase á Uda, quien perdiendo todo el aplomo que se habia impuesto, y cegado por el coraje, cogió la escopeta por el cañon y cerrando los ojos, descargó tan fiero golpe sobre el enano, que la partió en dos pedazos, quedándose en las manos con uno de ellos.

¿Cómo habia de dudar, él, cazador, que nunca marraba los golpes, del certero que habia descargado sobre quien con tanto desprecio acababa de tratarle? Y al abrir los ojos para ver el efecto que habia producido, por más que miró en todas direcciones, no halló rastro alguno del enano. Buscóle con la vista nuevamente sin resultado alguno, hasta que revolviéndola por tercera vez le vió sentado, á muy corta distancia, con la mayor tranquilidad. Prepábase á arrojarse sobre él y á triturarle con las manos cuando el enano, levantando un brazo y mostrándole la palma de una de las suyas, como quien trata de imponer calma á quien la ha perdido, le dijo con la mayor gravedad.

—En vano intentes causarme el menor daño porque no lo conseguirás. Ya ves que tú mismo y contra tu voluntad has cumplido la segunda condicion que te habia impuesto: has perdido el arma que tanto apreciabas por no haber querido obedecerme, disparándola contra mí. Te lo perdono. ¿Quieres ver á las hadas y que se cumpla tu destino?... Pues sígueme, te lo repito, y abandona esos rústicos modales que solo te servirán para acarreararte los mayores disgustos.

Estas palabras, pronunciadas por el enano con la mayor solemnidad,

dad, causaron tal efecto en Uda, que, á pesar de la violencia de su carácter, jamás reprimido por ninguna regla de buena educacion, le contuvieron instantáneamente. Y como el suceso que le acababa de ocurrir, tuviera para él algo de sobrenatural y fuera del alcance de su penetracion, detuvo sus pasos, se impuso silencio, y despues de meditar un rato, dijo al enano:

—Marchemos!

Y marcharon uno y otro, aquel delante y á algunos pasos de Uda, en quien todavia no se habian apagado los instintos de la venganza por el desprecio con que le habia tratado.

Una tortuosa senda conducía á un espeso bosque de bortaes y robles que con su espeso follaje, sombreaban la falda occidental del monte Aldáuri. Esta senda no le era desconocida á Uda, porque con sus cotidianas correrías por ella habia atravesado muchas veces; pero sí lo era otra que, oculta por una espesa mata de alheña y zarzamora que crecía entre dos añosos robles, abrió paso al enano así que la empujó con sus dos manos. El piso era de menudo grijo, formándose á sus dos lados anchos festones preñados de olorosas violetas silvestres, de dafnes y trepadoras madreselvas, de tomillos y de ese blanco lirio que embalsama el ambiente de las siempre verdes montañas bascongadas, de tal modo, que, conforme caminaban, las flores aumentaban la brillantez de sus colores y el aroma de sus cálices. De repente detúvose el enano delante de una roca entapizada de yedras y de musgos sobre los que pendían graciosas guirnaldas de rosas y jazmines, y volviéndose á Uda le dijo:

—Ya hemos llegado al fin de nuestro viaje: no me parece que te habrá parecido largo ni desagradable. Para ti ha sido un corto paseo, pero no tan corto que durante él no hayas pensado un poco sobre tu porvenir. Arroja de tu mente, te repito por última vez, toda idea de intentar nada contra mí, como sé que vienes meditándolo porque si así lo haces, morirás en el acto. No es lo mismo hacer locuras en el campo y á cielo abierto, como repetirlas dentro de la gruta de las hadas: á su puerta te encuentras, y si quieres verlas y saber tu destino, léelo, ántes de penetrar por ella, en el talisman que te ha regalado Bióltza y que llevas pendiente del cuello.—

Obedeció Uda, y examinando su contenido, leyó en él estas palabras: «*La mujer que elijas no hará tu felicidad completa, y una y otro perecereis un día en el Uchin*».

Mal efecto debieron producir en el ánimo del joven cazador, porque palideció su rostro y sus ojos quedaron fijos sobre la piedra en que se hallaban escritas; mas como el enano no separaba los suyos de los de Uda y estudiaba todos sus movimientos, rompió por fin el silencio y le dijo:

—¡Cómo! tú tan valiente con un ser indefenso como yo, ¿vacilas ante la dicha que tienes en tus manos? Huye, huye de este lugar porque veo que no vales más que para perseguir á los corzos que habitan estas sierras, más tímidos que tú y á los que matas porque no tienen armas con que defenderse!....

Alzó Uda la cabeza con grave majestad; lanzó al enano una altiva y despreciable mirada, y señalando con la mano la entrada de la gruta reposadamente le contestó:

—Iré donde tu vayas.—

Y sin proferir más palabras colocóse el enano delante del cazador y penetraron en la caverna.

Era preciso poseer toda la serenidad de Uda para no desmayar ante el espectáculo que se presentó á su vista á luego que dió algunos pasos. Una obscuridad profunda, interrumpida solamente por un exíguo rayo de luz que penetraba por una rendija, no le permitió al principio enterarse de donde sentaba los piés, hasta que, iluminándose por grados, observó que atravesaba por una ancha senda, á cuyos lados permanecían de pié y silenciosos gran número de enanos semejantes al que le precedía. La senda comenzó á angostarse, á amortiguarse la luz del cielo, y á divisarse á lo léjos un resplandor semejante al de un incendio, el cual dilatándose poco á poco acabó por tomar el color de las llamas más ardientes.

Uda no podía explicarse de dónde procedían aquellas llamas, ni cómo atravesarían por ellas sin exponerse á una muerte segura, ni ménos aún cómo su guía no detenía el paso ante el inminente peligro que ya les amenazaba; pero como este siguiera impávido su marcha, siguióla también él, perdiéndole unas veces de vista, alcanzándole con ella en otras, hasta que por fin ya no le vió más. Y continuó andando, andando, hasta que comenzaron á amortiguarse los resplandores y á cambiar su color por una luz ténue pero agradable, una luz para él desconocida, formada por todos los colores del iris y semejante á la que produce una masa de agua desprendida de lo alto y herida oblicuamente por los rayos del sol.

No era en verdad alhagüeña la situación de Uda en aquellos momentos, porque encerrado en un sitio para él desconocido y en el que experimentaba las impresiones más aterradoras, sin guía é ignorando á dónde encaminar sus pasos, ni podía discurrir sobre su suerte presente, ni sobre la que le reservaba el porvenir; pero á pesar de su gran embarazo, no le abandonó el corazón, ni perdió la esperanza de salir bien librado de la espantosa aventura en que se encontraba comprometido. Recordó, en medio de la confusión de sus ideas, las palabras que contenía el talismán de que era dueño; registró su pecho para asegurarse de que lo poseía, y se preparaba á sacarlo, cuando hirió sus oídos un agudo sonido metálico que cortó su pensamiento, haciéndole detener el paso y fijar la vista hácia el lado de donde creía haber salido. ¡Cuál fué su asombro al observar que á su mismo frente y con la mayor lentitud se descorría una puerta por la que salió una jóven y hermosísima doncella que hácia él dirigía sus pasos! Verla y recordar su aventura del Lamiak-Uchin fué cosa de un instante: era una de aquellas aéreas sílfides con su traje de transparente gasa, su flotante cabellera, sus ténues alas, sus formas seductoras:—era aquella misma doncella que tuvo casi á su lado, cuando escondido tras las piedras del lago vió sumergirse en las aguas con sus compañeras tan pronto como por ellas fué descubierto:—era en fin la misma figura que tuvo impresa en la mente durante la noche anterior, no dejándole un instante de reposo.

—Detén el paso,—le dijo, tan pronto como estuvo cerca de Uda,—y no intentes saber más de lo que mis labios te pregunten. ¿Tendrás valor para sacarme de este sitio exponiéndote á una muerte casi cierta?

—Lo tendré,—replicó Uda con ruda y firme voz.

—Y con qué medios cuentas para defenderte de los enemigos que se han de oponer á nuestro paso?

—Con mi corazón y con esta arma.—Y sacó de su cinto un ancho y puntiagudo cuchillo templado en la sangre de las fieras que matára en sus continuas correrías.

La hada se arrojó en sus brazos, inclinó la cabeza sobre sus hombros y estrechándole contra su pecho, le dijo con el acento más apasionado:

—Tuya soy ¡huyamos!—

Y el jóven cazador, ébrio de amor y henchido el corazón de noble orgullo, ciñendo la cintura de su amada con el siniestro brazo y

levantando en alto la mano derecha que empuñaba el afilado acero, con ademan resuelto caminó hacia adelante.

Grandes salones se descorrían á su vista sin que en ellos vieran ningun ser humano. Todos se hallaban riquísimamente alhajados y bañados del más grato y perfumado ambiente. Eran sus suelos de cristal; de pórvido sus paredes; de brillantes y artísticos artesonados sus techumbres. Por todos lados el oro y la plata se hallaban profusamente combinados con las piedras más raras y preciosas; y como si tanta riqueza no bastará á satisfacer el más delicado gusto, bellísimos surtidores de embalsamadas aguas, brotaban desde el pavimento formando los juegos más caprichosos. De repente oyeron los amantes gran tumulto de voces á sus espaldas: acababan de ser descubiertos.

Una espesa turba de gnomos y de enanos mezclados con las sílfides y ondinas del lago, corrían presurosos á alcanzarlos. La hermosa fugitiva que no ignoraba la suerte que le esperaba así que de ella se apoderasen los perseguidores, cayó desmayada en los brazos de Uda; pero éste resuelto á hacer pagar muy cara su vida y la de su compañera, esperó á pié firme la llegada de sus enemigos. Por su buena suerte recordó en aquellos momentos la virtud del talisman que le regaló Bióltza; é invocando las palabras que contenía, vió pasar á su frente sin ser visto y tal como aquella se lo habia pronosticado, un ejército de enanos y de repugnantes séres para él desconocidos, unos armados con venablos y lanzas, con hachas y cuchillos los más, llamándole la atención principalmente las hadas que, escitando furiosamente á la inacabable grey, habian perdido la hermosura de sus rostros y la esbeltez de sus delicadas y purísimas formas. Corrían, corrían por aquellos encantados lugares dirigiendo á los fugitivos las mas injuriosas expresiones:— resonaban por todas partes los ruidos más extraños: abríanse de par en par las puertas y ventanas: golpeábanse los muebles saltando en pedazos; se desplomaban algunas paredes produciendo al caer sobre los cristalizados suelos el estrépito más insufrible;—y en confusion tan espantosa, Uda, sereno é impassible, cargado con su amada volvió la espalda á sus perseguidores con animo de descubrir la boca de la gruta por donde habia penetrado. No le fué difícil conseguirlo: halló primeramente la puerta, abierta todavía, por la que la jóven que tenia en sus brazos habia aparecido: reconoció en seguida el lugar donde habian ardido las llamas: siguió la senda que hasta él le condujo donde no habia uno solo de los repugnantes séres que la custodiaron

poco ántes; y descubriendo á lo léjos un claro de luz que era la entrada de la gruta, corrió hácia ella sin que nadie le estorbára el paso. Cuando aspiró el ambiente del campo y bañaron los rayos del sol sus abrasadas mejillas, depositó su querida carga sobre el tapiz de verdura que hollaban sus piés. Allí la contempló algunos instantes; volvió á colocarla sobre sus hombros temeroso de que se la arrebatáran; siguió la senda por la que el enano le condujo á la gruta; empujó la puerta formada por la enramada que se comunicaba con el monte; y seguro ya de su triunfo, á pesar de su cansancio, subió el Aldáuri desde donde mirando de soslayo al Uchin-Lamiak, dirigió sus pasos á la casería que habitaba y en la que no dudaba de que Bióltza le esperaría como siempre, llena de amor y cariño.

Llamóla así que llegó á la puerta: volvióla á llamar con mayor fuerza y enfado; golpeó con sus puños el roble de que estaba formada, y contra toda su esperanza nadie le respondió. Un profundo silencio reinaba en la casa, interrumpido solamente por el viento que silbaba en las rendijas de los aleros. De repente y sin saber cómo, la puerta se abrió, y penetrando Uda por ella depositó á su amada sobre el mullido lecho de hojas secas en que intentó descansar en la noche anterior. Corrió á una fuente allí cercana, llenó de agua un vaso para rociar la frente de la ninfa y hacerla volver á la vida, cuando oyó un tristísimo y prolongado suspiro y vió pasar por delante de sí á Bióltza, pero no á aquella Bióltza á quien tantas veces había abrazado, sino á una sombra, á una forma impalpable y vaga que se evaporó tan pronto como intentó aproximarse á ella.

Tantas emociones no hubiera resistido ningun hombre que no poseyera el entero corazon de Uda, quien preocupado en aquellos momentos con la idea de salvar la vida de la que tanto amaba, ni hizo aprecio de la vision de su nodriza, ni del prolongado y tristísimo suspiro que hirió sus oidos. Sin embargo, un movimiento mal comprimido que detuvo instantáneamente sus pasos, denunció algun nuevo suceso para él inesperado. Así era en efecto. Su amada, á quien exánime dejó tendida sobre el lecho de hojas secas, se hallaba postrada de rodillas con la vista clavada en el cielo. La palidez que todavía bañaba su rostro, encajonado, por decirlo así, en un fondo de espesa y rizada cabellera negra, y su actitud, inspirada por algun poder sobrenatural, realizaba de tal modo su belleza, que jamás pudo crear modelo semejante el más excelso de los escultores griegos.

—Uda,—preguntó al mancebo dirigiéndole la más tierna y expresiva mirada,—¿en dónde me hallo? ¿Quién me ha traído á este sitio?—

Pero Uda, admirado de tanta hermosura y sin poder articular una sola palabra, dejó caer el vaso que tenía en la mano, cuya agua, derramándose por el suelo, se convirtió en aljófar y brillantes perlas.

—Cielo Santo!—exclamó la hermosa, al verlas:—¿qué poder es el tuyo, Uda mio, que prepara para nuestro porvenir tanta felicidad? Pero ¡ay! ¿será ésta muy duradera?

—Y porqué nó?—replicó instantáneamente el mancebo, ébrio de entusiasmo:—pero dime, dime quién eres y cómo te llamas.

—Yo,—replicó la niña,—me llamo Iziar, la estrella de esta montaña, la que educó para tí el hada que hasta ahora en ella ha habitado y que repetidas veces me dijo que sería muy pronto tu esposa. Pero si no estás contento me marcharé hasta que nazcan de nuevo las flores, y se sonrosée el musgo del lago, y canten los pájaros en el bosque, porque el hada me había prevenido que hasta la próxima primavera no cumpliera el tiempo de tu destino y el mio.

—¿Y quién es esa hada que tales cosas te ha enseñado?

—¿Cómo? ¿Lo ignoras por ventura? ¿Y quién mejor que tú ha de conocerla?

—¿Yo? ¿Cómo quieres que la conozca si no me rebelas su nombre?...

—Pues el hada es Bióltza, tu *iñudea*, la que te amamantó á sus pechos y te cuidó desde niño, y á quien ya no verás porque ha vuelto al Uchin!

Apénas acabó la niña de pronunciar estas palabras con la mayor inocencia, cuando Uda cayó desplomado al suelo, como herido por un rayo. Lanzóse sobre él Iziar colmándole de las mayores caricias: rególe el rostro con agua y con el llanto que vertían sus hermosos ojos: imprimió sobre su frente los más amorosos besos: abrió puertas y ventanas para que el aire despejara sus sentidos:—inútil todo:—Uda tendido sobre el lecho de hojas secas, con los ojos cerrados y perdida la color, y la niña hincada de rodillas, con la vista clavada en el Cielo, formaban el grupo escultural más digno del cincel de Cánova ó de Thorwaldsen.

Así pasaron largos instantes, hasta que recobrando poco á poco los sentidos, Uda miró á su alrededor como quien busca algo que se le ha perdido, y fijando la vista en Iziar y estrechándola fuerte-

mente sobre su corazón, lanzando mal comprimidos sollozos la dijo:

—No extrañes mi llanto, Iziar mía: es el primero que han brotado mis ojos, porque hasta ahora no he tenido por quien llorar, no habiendo amado á nadie en el mundo más que á Bióltza, á mi *ñudea*. Pero, ¿por qué me ha ocultado ese secreto que á ti solo ha confiado? ¿Por qué no me ha dicho que te educaba para mí y que llegaría un día en que había de abandonarme? ¿Qué misterio es este que me rodea? ¿Quién soy yo y quién es Bióltza?...—

Y el desventurado jóven, preso de las confusiones más horribles cruzaba la estancia á grandes pasos, á la manera de un irritado leon encerrado en estrecha jaula.

Sentóse al fin sobre un grueso tronco de roble apoyando la cabeza en ambas manos, y despues de descansar un rato, levantóla con su natural fiereza, y dijo á Iziar.

—Cuéntame amiga mía todo lo que sepas, y dime sin ocultarme nada quién eres, cómo has vivido en el lago, dónde has conocido á Bióltza y cómo ha vuelto al Uchin—

La niña que tenía los ojos arrasados de lágrimas enjugólos con la punta de su pañuelo, y mirando á Uda con la mayor ternura le replicó:

—Yo no puedo responder á las preguntas que me diriges si en algo estimas mi vida: ella y la tuya dependen precisamente del secreto que me está vedado revelarte por ahora y que acaso no tardes mucho tiempo en saber. Lo único que podré decirte es que Bióltza vela por nosotros y que nunca, mientras ella pueda, nos abandonará.—

No debió quedar muy satisfecho Uda de esta poco esplicita contestacion, porque arrugando el ceño y dando cierta severidad á toda su fisonomía, no replicó una sola palabra. Por fin, Iziar atrevióse á decirle.

—Lo que ahora precisa, Uda mio, para que se cumpla la profecía, es que nos casemos inmediatamente. Tu eres jóven, yo lo soy más, y no podemos vivir unidos sin exponernos al escarnio y al desprecio de nuestros vecinos. Pronto me llamará Bióltza sin que tú lo observes, y no volveré á tu lado hasta que apunten los primeros resplandores de la aurora.

.

Al llegar á este punto no dice la tradicion cómo se casaron los

dos amantes, ni en cuál de las iglesias allí cercanas se celebró la boda. Lo que sí refiere es que cerca del Uchin edificaron un suntuosísimo palacio, alhajado con todos los primores del arte, el cual, visto desde la cúspide de Gastelugach ó desde la cumbre de Ogoño, despedía los destellos más brillantes. Dice también que con mucha frecuencia y por la noche se oían en él acordes de músicas deliciosas, hasta tal extremo, que por escucharlas acudían á aquellos alrededores las doncellas y los más apuestos jóvenes de Bermeo y Baquio. Y dice por fin, que todas las noches y poco ántes de que el reló de la torre de la iglesia de Santa Eufemia doblára las once campanadas, tornaban aquellos presurosos á sus hogares, porque el palacio quedaba repentinamente envuelto en la más profunda oscuridad, por muy serena y clara que se hallase la atmósfera.

De esta suerte atravesaron muchos años gozando los jóvenes esposos de la felicidad más envidiable, hasta que en una noche de invierno vino á turbarla una de esas espantosas tempestades que solo se presencian en las Costas Bascongadas. El huracan barria con furia la superficie del mar levantando montañas de agua que se estrellaban contra las rocas, hendiéndolas y produciendo los más espantosos chasquidos. Del choque de las nubes que resonaban horriblemente sobrecogiendo de espanto á los habitantes de Solluve y Machichaco, se desprendían sin cesar dardos de fuego producidos por la más intensa electricidad, los cuales, serpenteando el espacio, caían sobre la colina en que gallardamente el palacio se asentaba; y las gentes que aterrorizadas presenciaban tan imponente espectáculo, no podían ménos de presagiar las mayores desventuras para los jóvenes que le habitaban. Así fué que, tan pronto como la tempestad comenzó á mitigarse y asomaron las primeras luminarias del día, subieron la montaña para contemplar los estragos que había causado. Pero ¿cuál fué su asombro cuando buscando anhelantes el más leve vestigio del palacio no le encontraron, y en su lugar vieron que el Lamiak-Uchin se había transformado en un grandioso lago de revueltas y profundas aguas?

Tan extraño como inesperado suceso no podía ménos de causar la sensacion más profunda en los habitantes de Bermeo y Mundaca, de Baquio y de Munguia y aún de otros pueblecitos más lejanos, que corrieron á presenciarlo y á hacer sobre él los más extravagantes comentarios. Una verdad dolorosa habia, sin embargo, en medio de cuanto se referia, y esta verdad era la profecía escrita en el talisman que

Bióltza entregó á Uda al siguiente dia que descubrió á las hadas del Uchin.

Desde entónces todas desaparecieron de aquel poético lugar por ellas habitado, si bien no le olvidan los aficionados á paisajes de sorprendente belleza ni los que estudian los secretos de la geología. Allí está todavía el lago en cuyos alrededores no brota un arroyo y donde no hay más agua que la del mar que á muchos centenares de metros, debajo de su altitud, se extiende en amplísimo espacio: allí están aquellas pacíficas y cristalinas aguas cercadas del sonrosado musgo sobre el que bailaban las bellísimas sílfides que admirado contempló un dia el gallardo cazador de Baquio: allí están hincadas las piedras que por algunos instantes le ocultaron de su vista y que al que no es extraño á los estudios prehistóricos le traen á la memoria esos primitivos monumentos fabricados por el hombre bajo la forma de mal escuadrados *dholmen* ó empinados *penhires*: y allí está en fin, el cabo de Machichaco desafiando eternamente el poderoso ímpetu de la mar que contiene sin dejarle adelantar un paso, á pesar de su trabajo constante y demoleedor.

Y qué memoria, qué huella dejaron Iziar y Uda, los héroes de esta historia, los hermosísimos mancebos que con tanto delirio se amaron?

¡Ah, lector paciente! Si alguna vez despues de anochecido y en los meses caniculares atraviesas una estrecha senda que por la loma del Uchin serpentea para ir de Baquio á Bermeo, no invoques esos nombres; porque bajo un purísimo cielo tachonado de estrellas, bañado por la más juguetona brisa del mar y arrullado por el rumor de las olas que besan humildemente una playa de dorada arena, te verás sorprendido por dos luces vagas y fosfóricas que se agitan sobre las aguas de la histórica laguna. Para las gentes que no saben explicarse este fenómeno de la naturaleza esas luces encierran misterios tenebrosos que agrandan hasta la más ridícula exageracion:—son seres humanos, así convertidos, que errantes vagan purgando mundanales pecados;—ó fuegos del infierno escapados á la flor de la tierra por las hendiduras ó grietas que por ella se han abierto;—ó visiones que bajo esa forma se presentan para anunciar próximas terribles desgracias... Mas para ti que eres ilustrado y pío no son más que el producto que ejerce el calor de la luz solar sobre las aguas que emanan sustancias fosforescentes, las cuales, suspendidas sobre la superficie

misma de las aguas; se mecen y conmueven al más leve contacto ó soplo del viento.

Sin embargo, ¿no hay alguna explicacion más bella, más poética más tierna y simpática que recuerde á los dos amantes que perecieron en el Uchin?

Sí que la hay.

Los habitantes de aquellos contornos la conservan desde los más remotos tiempos en la memoria. Dicen que los dos bellisimos metéoros que á veces se separan y á veces se juntan; que á veces permanecen formando una sola luz y en otras se ocultan largos instantes, son las almas de Uda é Iziar que así refieren la historia de sus amores. Que cuando se reunen, es para abrazarse y besarse:—que cuando se separan, es para dar mayor ímpetu á su cariño;—y que cuando se ocultan y vuelven á aparecer, es para enseñar á quienes les contemplan, que nunca, ni aún despues de la muerte, pueden estar separadas dos almas que bien se amaron en el mundo.

JUAN E. DELMAS.

UMILLTASUNA ETA ARROKERIA.



Lenengoa da andia,
Bigarrenkoa chikia,
Alkarren desbardiñak,
Bata birtute zuzenak
Bestea griña okerrak
Diralako egiñak.

Arek nai dau beera jatsi,
Izan arren berez andi,
Onek nai dan besterá,
Orresegaitik mundua
Ta bere bizi modua
Dakustaz goyaz beerá.

Agaitik neban ikusi,
Edo buruz irakurri,
Oraingo komediá,
Egiaz ez da jazua;
Benetan ez gertatua,
Baña da irudiá.

Nun dan garbiro ikusten,
Nun biziro azalduten,
Zeñ dan on, zeñ okerrá,
Zeñ ipuiñ izanagaitik,
Berba neurtuz orregaitik,
Nua eskribitzerá.